

# ANTECEDENTES Y CONTEXTO EN LA RUTA JACOBEA

**GERARDO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ**

Doctor en CC. PP. y Sociología y miembro de la AMS

---

Todos sabemos que los Años Santos Compostelanos son aquellos en los que el día 25 de julio, festividad de Santiago Apóstol, Patrón de «las Españas», coincide en domingo como ocurrió en el año 2021 pero, sin embargo, este año 2022, por extensión del anterior, también ha sido declarado Año Santo, por resolución papal ya que el precedente se había visto afectado por la existencia del Covid-19.

Esa pandemia, una vez encauzada o asimilada por la población pese a la persistencia de contagios y fallecimientos, no ha supuesto un descenso en las peregrinaciones, sino todo lo contrario. Y así, en el presente año y en vísperas de la festividad del Apóstol ya se habían expedido más de 200.000 «compostelas».

Esto nos demuestra que el Camino sigue vivo y con pujanza y, por ese motivo, hemos decidido rememorar aquí algunos de los antecedentes y circunstancias históricos de sus primeros tiempos.

La Ruta Jacobea ha sido, a lo largo de la historia, algo más que una simple peregrinación de fe religiosa. Ha constituido un aliciente extraordinario en el orden espiritual y cultural de Occidente, junto con Roma y Jerusalén, es decir, uno de los tres puntos de referencia a donde los peregrinos cristianos han acudido con el fin de hallar consuelo espiritual y afirmación o reafirmación de su fe, y desde donde, ya de regreso a sus respectivos lugares de procedencia, transmitían por todo el Occidente europeo las manifestaciones culturales que en cualquier punto del continente se producían. Amén de servir también para abrir vías comerciales y aproximar el conocimiento de las distintas formas y pensamientos políticos, especialmente en los siglos XI y XII que, junto con el XIII vivieron el auge de las peregrinaciones.

En aquellos tiempos, en la Edad Media del siglo XIII, las ciudades pasan a ser centros de producción. El campo produce elementos y materias primas; la ciudad concentra la producción artesanal. Hay, pues, una división y especialización del trabajo, y una relación comercial entre el campo y la ciudad. En la ciudad, el trabajo industrial-artesanal se ordena por oficios: los Gremios. Los talleres estaban jerarquizados en un maestro, que era el dueño del local y de las herramientas y le ayudaban los oficiales y aprendices. Estos últimos vivían en la casa del maestro y no percibían retribución dineraria por su trabajo. Cuando superaban unas pruebas de habilidad pasaban a la condición de oficiales, que les permitía cobrar. Pero a los oficiales les resultaba mucho más difícil alcanzar el título de maestro para lo que teóricamente sólo era necesario realizar la «obra maestra», dentro de su oficio. Los

maestros que formaban el gremio y que no deseaban aumentar la competencia, difícilmente proporcionaban nuevos maestros.

Los tipos más característicos de la población eran dos: la villa y el burgo. La primera se formó bien por edificación o repoblación de una antigua villa romana, bien por concesión de un privilegio o franquicia que favorecía su establecimiento («Villafranca»).

Los habitantes de las villas eran designados con el nombre de villanos, y los habitantes de los burgos, llamados burgueses. Más adelante villano fue sinónimo de labriego, hombre del campo, en contraposición al burgués, que se consideraba como el hombre de ciudad.

En general, era una economía agrícola y familiar. Cada unidad familiar producía casi todo lo que necesitaba: pan, vino, aceite, queso, vestidos, herramientas. Sin embargo, algunos pueblos adquirían una determinada especialidad en productos, tales como carretas, cerámicas, cesterías, armas,...

Los nuevos núcleos de población que iban surgiendo se situaban por lo general junto a las rutas de comunicación más importantes, estableciéndose bien en los emplazamientos de las antiguas ciudades romanas, o bien al abrigo de alguna fortaleza que les proporcionaba defensa, constituyéndose el embrión de las futuras ciudades.

En este sentido fue extraordinariamente importante en España la Ruta Jacobea o Camino de Santiago. Esta era la ruta de los peregrinos europeos que venían a venerar la tumba del Apóstol descubierta durante el reinado de Alfonso II (791-842). Fue un excepcional vehículo por donde se difundieron las corrientes intelectuales y artísticas del Occidente. A lo largo de los siglos X y XI, la peregrinación fue adquiriendo una gran importancia. El momento culminante se señala en el siglo XII, durante el gobierno del arzobispo de Santiago Diego Gelmírez, que consiguió para Compostela el rango de peregrinación mayor.

Las dos vías principales de entrada eran Roncesvalles y Canfranc, y las principales escalas eran: Pamplona, Estella, Nájera, Burgos, Sahagún, León y Astorga. Todas estas ciudades están repletas de recuerdos y monumentos en torno a aquellas famosas peregrinaciones medievales.

Es ésta una etapa histórica caracterizada por la actividad guerrera, en la que en la sociedad y en la familia las tareas de protección al grupo y las actividades de tipo militar son competencia de los hombres en tanto que las mujeres quedan relegadas al ámbito de lo doméstico y, mayoritariamente, sin protagonismo en las decisiones de poder, aunque frecuentemente se encuentren casos de fuerte influencia en quienes lo ostentan. Como señala Lluís Flaquer, «curiosamente, la dedicación de los hombres a la guerra podría estar relacionada no tan sólo con su mayor fuerza física, sino con su carácter prescindible superior: una población puede enfrentarse mejor a la pérdida de un número importante de hombres que de mujeres, ya que la viabilidad de su reproducción depende más de la fecundidad femenina y no tanto de la capacidad prolífica masculina»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> FLAQUER, LL. (1998): *El destino de la Familia*. Ed. Ariel. Barcelona, pág. 41.

De entonces hasta nuestros días, no sólo han cambiado y evolucionado muchas cosas, sino que estos cambios han afectado a los conceptos y al sentido de palabras y expresiones, refiriéndose en algunos casos a algo tan básico en la sociedad como la familia o el hogar.

Como en una ocasión anterior nos hemos referido a la familia<sup>2</sup>, vamos a centrarnos ahora en el hogar.

Este término se deriva del latín *focus* (fuego) y el Diccionario de la Lengua Española lo define como el sitio en donde se coloca la lumbre en las cocinas, chimeneas, etc. El hogar era –como nos lo recuerda Ll. Flaquer– «en tiempos de los romanos, ante todo, el recinto sagrado donde moraban los lares. Estas divinidades domésticas, junto con los lémures, los penates, los manes y otros genios cuyo culto se remontaba ya a la época de los sabinos, latinos y etruscos, protegían a los miembros de las familias y de las casas. Su invocación les traía todo tipo de bienaventuranzas y les prodigaba la prosperidad. Si a menudo se utilizan como sinónimo de hogar es porque el lugar donde residían era una hornacina junto a la lumbre»<sup>3</sup>.

Durante la Edad Media y en la época en que tuvo su auge y desarrollo el Camino de Santiago, las familias que vivían en los lugares y poblaciones que iban surgiendo o consolidándose a lo largo del mismo, se reunían en torno a la lumbre, a los hogares, a las lareiras.

La idea moderna de hogar difiere en gran medida de la asociada con aquellas deidades paganas. Actualmente el término «hogar» tiene una significación más restringida y específica que el de «familia», indicando residencia compartida, familiaridad y actividades igualmente compartidas. Es decir, el hogar es una unidad de residencia que puede estar constituida por un solo individuo o por un grupo de personas.

No ha mucho y desde el Instituto Nacional de Estadística, el concepto de hogar se ha definido como un conjunto de personas, que, residiendo en la misma vivienda, comparten gastos comunes ocasionados por el uso de la vivienda y/o gastos de alimentación. Se podían distinguir, pues, dos tipos de hogares: los unipersonales, formados por una sola persona, y los multipersonales, que están formados por dos o más personas, que no tienen necesariamente que estar emparentadas.

En cualquier caso, y aunque con ciertas diferencias, tanto ahora como en aquellos tiempos, la familia y el hogar son entidades básicas en la sociedad que ésta debe de cultivar para evitar manipulaciones interesadas de determinadas ideologías que, en definitiva, contribuirían a socavar los cimientos de la propia sociedad.

---

<sup>2</sup> HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, G.: (2017) «Costumbres, tradiciones y ritos en la historia de la familia» *Altar Mayor* nº 179, Hermandad de la Santa Cruz y Santa María del Valle de los Caídos, Madrid, Septiembre-Octubre, págs. 833-846.

<sup>3</sup> **Op. cit.**, pág. 149.